

?.
?.
?.
?.
?.
?.
?.
?.

Ella huía hacia los sauces,
pero deseaba ser vista primero

Ella huía hacia los sauces, pero deseaba ser vista primero. Ella, evasiva y atlética. Un zigzag inteligente en el horizonte: un relámpago opaco. *Ella huía hacia los sauces, pero deseaba ser vista primero.* Es un verso de Virgilio. Es quizá el resumen de una, tenaz, mirada poética. Veloz. *Ella huía hacia los sauces, pero deseaba ser vista primero.* La mirada de quien se escabulle. En la última carta, triste y sajada, del epistolario de Abelardo y Eloísa, él, citando a Virgilio, argumenta: “su huida misma testimonia su deseo; fingiendo rechazar a un amante, lo excita a perseguirla”. Una fuga con señuelo. La seducción es un juego de rechazo y deseo, la huida es el inicio de la búsqueda. Sin ese prólogo, fugaz o perdurable, no existe ni triunfo para el que huye, ni engaño hacia el perseguidor.

Ella huía hacia los sauces, pero deseaba ser vista primero. El rastro no siempre diáfano, las ilusorias pistas, el camuflaje, el juego de sombras en el bosque, la aparentemente azarosa carrera del fugitivo; todo ello sirve para intentar desorientar al supuesto perseguidor. Ella deseaba ser vista. El éxito de la huida depende ya de la perspicacia, el olfato, la fogosidad y la perseverancia de quien corre detrás. El afán es compartido. Ella deseaba ser vista; pero, ¿deseaba ser alcanzada? Es esa persecución una forma de erotismo: mostrar y esconder, agazaparse y engañar con falsas huellas, vadear los peligros, ofrecerse como una recompensa. La presa, en las formas, aprecia al cazador. Pero, ¿quién es realmente el recompensado? El trampero es quien huye y no el rastreador. Quien escapa disfrazado de presa es quien tensa la búsqueda, quien impone la duración del lance,

quien enardece y burla a quien es capaz de descifrar sus holladuras.

Ella huía hacia los sauces, pero deseaba ser vista primero. El verso es quien huye hacia los bosques, no sólo la joven Galatea. La palabra escurridiza, el verso, también deja símbolos y signos mientras se adentra en la penumbra, quiebra ramas, hunde sus vocales en barro, pierde jirones de codicias, traza estrategias, sacude guijarros, jadea, descansa, desprende aromas que son caminos certeros para quien conoce los códigos del asedio. Pero siempre, el verso, espera ser visto, ser alcanzado, ser finalmente interpretado y conquistado.

Incluso cuando en la batida no se detectan apreciables señales, existe la posibilidad de que esas estelas sean descubiertas por el ojo experimentado. No todos son de fiar, y por ello no debe nunca cundir el desaliento. Recuerden que cuando John Wayne, apostado tras una colina, dijo aquello de “debe haber sioux cerca”, y le contestaron, más con acento de escepticismo que de sorpresa, “cómo lo sabes, si no se ve ninguno”, él, jinete curtido, caza recompensas experimentado, se limitó a responder: “Si se viesen, no serían sioux de verdad”.

Versos emboscados. En ocasiones, la poesía también permanece, para ser *verdadera* y *eficaz*, escondida y al acecho, alerta, en idéntica actitud a la de un sabio y viejo piel roja tendido en la pradera.

Pero, ¿cómo descubrirla? ¿Cómo descubrir ese verso acostado en la hierba?

¿.
¿.
¿.
¿.
¿.
¿.
¿.
¿.
¿.
¿.

Gontzal Díez

EDICIONES DONDE HABITA EL OLIVO

